

HA FENECIDO EL LIBERALISMO?

Especial para "Estudios de Derecho"

Los acontecimientos actuales de la humanidad y las ideologías en boga que cautivan ardorosamente a la juventud, hacen pensar, si en verdad han fenecido las ideas liberales, o si el afán de las juventudes por profesar las totalitarias, obedece a falta de análisis, de comprensión histórica, o a una perjudicial tendencia al snobismo.

Lo cierto es que la frase "El Liberalismo ha fenecido", es emblema de las generaciones actuales.

Si la juventud quiere vivir al orden del día en la nueva época, debe bautizarse en las doctrinas socialistas, comunistas, fascistas o nazistas, es ya dicho popular.

La panacea del mundo moderno es el Marxismo, y "El Capital" contiene las enseñanzas para modelar la futura sociedad sobre bases firmes y durables, sobre la justicia y la equidad, a diario oímos repetir.

La juventud debe tomar como modelo de organización a la Rusia Soviética, es consejo de cátedra.

El joven debe proscribir de su biblioteca a Adam Smith, Ricardo, Locke, Rousseau, Washington, Jefferson, para abrirle campo a "El Capital", a los libros de Lenin, Trotzky y Stalin, a "Mi Lucha" de Hitler, a la doctrina del Estado corporativo de Mussolini, es amonestación del que se precia de actualizante, de contemporáneo.

Los principios liberales son ya inactuales y caducos; el individualismo es la causa de todas las desgracias sociales. Sólo el intervencionismo de un Estado fuerte y dominador corresponde a las necesidades de la compleja vida presente; se impone reforzar el principio de la autoridad, so pena de ser incapaces de seguir el progreso humano, que es todo acción y rapidez; debe primar totalmente la sociedad sobre el individuo egoísta y disociador. He aquí las líneas generales de un programa de la juventud moderna.

Habrá, ciertamente, fenecido el Liberalismo?

El liberalismo ha emancipado al individuo a través de todas las edades históricas. En dondequiera que se haya batallado por la justicia, contra las desigualdades sociales de raza, sangre y riqueza, dondequiera que se rompan arbitrariedades, prejuicios y privilegios, está informando la ideología liberal.

El Cristianismo fue un movimiento auténticamente liberal; también la Reforma, el movimiento de la Carta Magna, la Enciclopedia, la Revolución Industrial y la Revolución Francesa.

Su obra ha sido crear los derechos individuales:

“Abolió la esclavitud, las castas, las clases privilegiadas, la autocracia como forma de gobierno; emancipó gentes que se rebelaron contra las múltiples restricciones de los gremios, la política mercantilista y el poder de la Iglesia y las dinastías. Libertó al pensamiento, al genio inventivo, al espíritu de empresa y al trabajo. Emancipó la conciencia, el pensamiento y creó la libertad de enseñanza, de investigación, de expresión y de asociación”.

El siglo XVIII, la era emancipadora por excelencia, es la era cumbre del liberalismo.

Ese siglo rompe la concepción absoluta del derecho divino de los reyes; liberta la razón de la tutela rígida del principio de fe; da al individuo entidad de ciudadano y le define derechos inviolables; genera la libertad económica, de trabajo, de industria y de comercio; repudia los principios de la estructuración artificial de la vida económica de las sociedades y declara en Manchester el *laissez faire* y el *laissez passer*.

El *laissez faire* y el *laissez passer*, dejaron surgir al proscenio de la vida económica, la diversidad de las aptitudes humanas, las diferentes modalidades intrínsecas de los hombres. El Estado Gendarme, impasible centinela de la feroz lucha de selección, por la ilimitada competencia y concurrencia de los individuos, hizo conocer a la humanidad las ventajas de la libertad como principio normativo de la economía.

No debe olvidarse que “el *lesseferismo* fue doctrina emplazada como una artillería de sitio por los filósofos radicales de hace un siglo para derrocar las iniquidades y privilegios acumulados en los siglos anteriores de monarquías absolutas y de completa ignorancia económica, así como para conquistar los derechos y garantías individuales. Pero que no ha sido canon fundamental del Liberalismo, porque tales dogmas no fueron contenido inmutable para seguir luchando, una vez

alcanzadas las posiciones fundamentales y derruido el pasado de errores”.

“Escuelas como el radicalismo económico de Manchester, son fenómenos históricos destinados a producir efectos dados, confluencias de opiniones que se enfrentan a estados de cosas especiales y luego decaecen como pasa con todo lo terreno, sin quedarse plantado a través de las edades y a lo largo del espacio como si fueran evangelios”.

El Estado Gendarme, fue una bandera de lucha. Cumplió ya su cometido. El quietismo, la inacción, la complacencia, la indiferencia y el gobierno débil, son la corrupción del Liberalismo, no su dogma.

Estos postulados liberales, hoy despectivamente combatidos, encaminaron la humanidad hacia uno de los períodos históricos de más fecunda fuerza creadora: los inventos y descubrimientos científicos fueron incontables; las ciencias ensancharon sus horizontes; las artes se multiplicaron; la máquina logró dominadora perfección; el mundo se inundó en riqueza y el nivel general de la vida aumentó.

Elevan el sentido de la dignidad del hombre y crean una de las más grandes conquistas humanas: la economía moderna, basada en la división del trabajo y regulada por medio de mercados libres.

Será época nefanda para la humanidad ésta que dio vuelo al espíritu, altivez al ingenio, que consideró conveniente dejar hacer para que en el mundo de los hombres, donde nada puede haber permanente y en el cual nadie puede asegurar dogmas económicos, ni políticos, todos aportaran sus luces, todos intervinieran, todos crearan, todos inventaran, todos pudieran propugnar sin prejuicios por normas y principios de la vida en sociedad?

Nadie se atrevería a afirmar que esas revoluciones perjudicaron al progreso de la humanidad. He creído que constituyen la mayor conquista de la historia y que corresponde al Liberalismo.

No se puede romper el hilo de la trama histórica para considerar un siglo de humanidad o una época o un período, desligado de los muchos milenios que cuenta el hombre de vida.

El siglo XVIII, cumbre del proceso emancipador, cometió errores imperdonables, creó males funestos, es permitido sostener.

Pero pecado de lesa humanidad es catalogarlo como era desgraciada para el hombre.

Qué habría sido de la humanidad si esos acontecimientos de los siglos XVIII y sus consecuencias del siglo XIX no hubieran tenido efecto?

Media o nó profunda diferencia entre el hombre medioeval y el hombre actual?

Es adelanto poseer la humanidad la actual economía capitalista a cambio de la estrecha economía gremial y patriarcal del medioevo?

Sería preferible que la humanidad retrocediera a las postrimerías de la Edad Media y que volviéramos a empezar a escribir la historia corrida, o aceptar lo que tenemos, el patrimonio de hoy, en consideración de que las ventajas, progresos y riquezas, guardan distante proporción con los males, miserias y calamidades que tanta grandeza tenían que aportar?

Las respuestas firmativas que mi espíritu da a estos interrogantes, me llevan a afirmar, que con sólo estudiar la historia del Liberalismo, sería suficiente para constatar que él no ha fenecido, porque ha escrito la parte más noble de la historia humana.

Con mayor razón puede afirmarse que el Liberalismo no ha fenecido y que por el contrario fuera de su doctrina, no habrá posible sociedad organizada, comparando las tesis fundamentales suyas con las preconizadas por el Totalitarismo.

La lucha ideológica actual de la humanidad está planteada entre el Liberalismo y las doctrinas totalitarias. Es la inveterada lucha entre dos tendencias humanas sobre la manera de organizar las sociedades: la que confía esta tarea al individuo y a la libertad y la que la deposita en el Estado o en la Colectividad.

Parte el Liberalismo de la naturaleza humana al defender al individuo como base de organización. Considera vano pretender que el hombre renuncie a su egoísmo, a su espíritu individualista, a su amor propio, en favor de la comunidad o del Estado.

Y concluye que si el hombre es individualista y fuertemente está aferrado a su sér ese sentimiento, hay que partir de él, a fin de edificar una sociedad que prometa ser estable, pues siendo la sociedad unión de hombres, lo lógico es que se modele y organice sin contrariar los sentimientos e inclinaciones connaturales en ellos.

En cambio, la organización autoritaria de la sociedad, desconoce que ese sentimiento individualista sea connatural en el hombre, y antes que tratar de encaminarlo hacia un fin común y de desarrollar en él sus ingénitos sentimientos altruistas, como aspira el Liberalismo, opta por someter a los hombres a una cooperación forzosa, a una vida obligada en pro de la colectividad.

El Totalitarismo no admite que el hombre tenga derecho a buscar su felicidad personal y cercena todo principio de la autodeterminación individual. El fascismo acepta al individuo únicamente en tanto que sus intereses coincidan con los del Estado, según Mussolini.

Y el Comunismo Ruso no reconoce ningún derecho del individuo, a trabajar, a poseer bienes, a pensar, a crear y a hablar, que no coincidan con los intereses del Estado Proletario.

Consecuentemente con sus postulados individualistas, el Liberalismo defiende la libertad.

Propugna por la libertad que favorece el desenvolvimiento de las fuerzas creadoras del hombre, que despierta sus potentes energías, que incita su ingenio, su iniciativa.

“Cree que solamente ampliando más la libertad de pensar, de argüir, de debatir, de cometer errores y sacar lecciones de ellos, de explorar, y en ocasiones descubrir, de lanzarse a aventuras y empresas, pueden concebirse nuevas ideas, pueden formarse nuevas relaciones, nuevos hábitos y por consiguiente la humanidad avanzar y mejorar”.

El Liberalismo defiende también, como principio fundamental, la igualdad humana de oportunidades. No considera la variedad y la competencia como un mal que deba evitarse, y por el contrario las ampara, dejando abierta la puerta al talento y no eliminando la persistente variedad y el carácter antagónico de los fines humanos.

Magistralmente Walter Lippman define la igualdad liberal y la igualdad totalitaria, en las palabras siguientes:

“El Liberalismo no exige que todos los participantes en la carrera deban guardar el mismo paso y llegar a la meta juntos. Lo que quiere es que todos partan al mismo tiempo y que ninguno pueda echar fuera de la pista a un rival, con golpes o códazos. Si esta regla se observa, ganará el mejor corredor. No vencerá quien haya obtenido una ventaja de sus jueces y sobre todo una ventaja ajena a sus aptitudes de corredor. La concepción liberal de la igualdad, no contiene manifiestamente la promesa de hacer a todos los hombres iguales en riqueza, influencia, honor, sabiduría. Al contrario: promete que las desigualdades extrínsecas, impuestas por las prerrogativas y los privilegios, disminuyan, y que se afirmen las superioridades intrínsecas”.

En la doctrina liberal el Estado es árbitro y conciliador de los intereses privados de los individuos y gobierna por la aplicación de las obligaciones recíprocas de ellos, cada día más perfeccionadas, pues la sociedad liberal confía a la iniciativa individual de aquellos hombres seguros de sus derechos y responsables ante otros hombres que gozan

de iguales derechos, el cuidado de forjar los destinos de la humanidad.

En la doctrina totalitaria, por el contrario, todo es por el Estado, nada hay contra el Estado, nada existe fuera del Estado. El Estado soberano, omnipotente, omnisapiente y omnipresente, dirige y jerarquiza los asuntos humanos.

En el campo de la economía pueden verse aplicadas las tesis de las dos doctrinas. Los países demócratas encarnan la ideología liberal y la Rusia Soviética el sistema totalitario por excelencia.

Preconiza el Liberalismo el gobierno económico de las sociedades, acatando leyes naturales, es decir, no contrariando leyes que íntimamente están en la esencia de los hombres.

El Totalitarismo arremete contra todas las leyes naturales que gobiernan la vida humana y trata de modelarla artificialmente. Rechaza que la economía dirigida, la racionalización del trabajo y la intromisión exagerada de la inteligencia en la conducción del mundo, tienen un límite de sensatez y de eficacia, y se embarca en empresas de infantil altivez, de soberbia humana, según el profesor López de Mesa.

La libertad que el Liberalismo defiende, aplicada a la economía y traducida en libertad de industria, de trabajo y de comercio, y por lo tanto en la concurrencia y en la competencia, creó la economía moderna basada en la creciente división del trabajo. La libertad, permitió a cada individuo aplicar sus aptitudes, su ingenio, su iniciativa, sus dones personales, en empresas y oficios, que le determinan, de acuerdo con la modalidad intrínseca de su sér, una especialización propia y definida.

Y esa misma libertad creó el mercado libre, desde el cual se regula la vida económica de las sociedades, el trabajo, la inversión y el consumo, de acuerdo con las leyes naturales del hombre, de acuerdo con su libertad y su individualismo, porque “el mercado libre armoniza las aspiraciones y aptitudes infinitamente variadas de los hombres, con la infinita variedad de sus necesidades y gustos”.

En la economía totalitaria no se reconoce la división del trabajo como consecuencia de la aplicación de las aptitudes particulares de los individuos, ni se tolera la libertad de comercio, de industria y de trabajo; ni menos se acepta la economía de mercados libres en los que se concurre, se compete y se vive bajo la ley de la oferta y la demanda.

La economía totalitaria es una economía dirigida; descansa sobre el Estado providencial que somete la vida económica a planes arquitect-

turales que estatizan la producción, colectivizan la distribución y comunizan el consumo de la riqueza.

El plan quinquenal ruso es el compendio de la economía totalitaria. Su objeto es, mediante la acción del Estado, asegurar a cada hombre, sustento, trabajo e igualdad.

Se calcula cuánto consumirá el pueblo durante el futuro período de cinco años, asignando arbitrariamente a cada individuo su ración; se encamina la producción a obtener las materias del consumo señalado de antemano; se promedia el trabajo de los hombres y se distribuyen automáticamente en las distintas operaciones y en los diversos lugares.

Se proscribire, por consiguiente, toda forma de libertad, todo valor a la iniciativa individual, y quedan insatisfechos y reprimidos los deseos, los gustos y hasta los caprichos humanos, pues, para lograr el fin buscado, hay que decirle al individuo en qué ha de invertir sus ahorros, en qué oficios ha de trabajar, qué artículos pueden ser objeto de consumo, qué artículos han de producirse, en qué lugares, en qué calidad y en qué cantidad.

Estudiando por qué surgieron los regímenes totalitarios, se concluye que el LIBERALISMO tuvo que incurrir en errores mayúsculos, pues reacción tan tremenda contra todo lo ganado, aceptado y tenido como bueno, no puede obedecer a la ambición de un jefe o a una simple tentativa de innovación.

En verdad, el Totalitarismo nació porque el Liberalismo yerra, porque descuida sus deberes, sobre todo sus deberes de defender sus conquistas, de aquilatar, vigorizar y mantener actualizadas cada una de las instituciones que a la humanidad legó.

Lo imperdonable de sus errores es que de tal manera se congela en ellos, que apenas la arremetida feroz del Totalitarismo que lo quiere arrasar todo, ha podido llevar al inaplazable movimiento de revisión total que los enmiende.

Los hombres se apasionaron por la libertad de tal manera, que no supieron dirigirla y dejaron que degenerara, sobre todo en el campo de la economía, en injusticias y desigualdades tremendas.

La libertad irrestricta dio nacimiento al derecho de contratación absolutamente libre; determinó un régimen de propiedad privada exagerado; dogmatizó el Estado Gendarme, tolerante de injusticias y desprecupado centinela de los males sociales, en fin, dejó surgir los mos-

truosos defectos del industrialismo y de la economía capitalista.

El error doctrinario del liberalismo fue tolerar los sacrificios impuestos a la humanidad por el progreso de la máquina, que explotó al débil; la proletarización de las masas; el desarraigo de los campesinos y su hacinamiento en las grandes urbes y la profunda desigualdad en riqueza entre la minoría dueña de todos los medios de producción, de la tierra, y de los recursos naturales, y la numerosa mayoría desheredada.

El liberalismo por historia y por doctrina enemigo de la injusticia y la arbitrariedad, erró, no impidiendo la gestación de ellas en el seno de la nueva sociedad que modela. Hizo de sus mismas instituciones libertarias armas creadoras de monopolios, privilegios y explotaciones. La ley, el derecho escrito, que nació como defensa de los pueblos contra los monarcas absolutos, gobernadores, jueces y legisladores a un mismo tiempo, se utilizó para escudar la mala distribución de la riqueza, para proteger la ambición de unos pocos contra las aspiraciones y propósitos humanitarios y justos del pueblo salido de los regímenes monárquicos.

Otro error del liberalismo, consiste en la preeminencia que dio al ideal de la libertad, sin interesarse en forma decisiva por armonizar los ideales y las necesidades, que requieren una dirección conjunta para establecer el justo equilibrio entre lo material y lo espiritual.

Los gobernantes y los pueblos liberales fundan instituciones, parlamentos, constituciones, órganos del poder separados, en fin, lo necesario para mantener intactos los derechos del hombre y el gobierno democrático, pero no atienden al problema de darle a cada hombre una vida económica independiente, congrua, de acuerdo con el progreso alcanzado por la humanidad.

Estos errores explican el nacimiento de las doctrinas totalitarias. Quien investigue a fondo la razón de estos sistemas, concluye que son reacción contra el liberalismo por los errores que cometió, palpables, funestos para la doctrina, gravosos para el progreso de la humanidad.

A la libertad absoluta oponen el régimen autoritario del Estado; al Estado Gendarme enfrentan el Estado Providencial; a la desigualdad antihumana, la desigualdad aberrante del colectivismo; al derecho de propiedad abusivo, la nacionalización de la tierra; al contrato privado, compulsivo de explotaciones, la administración pública; a la concentración capitalista, el control gubernamental de esas mismas concentraciones; a la preeminencia del ideal, la preeminencia de lo económico.

Se aspira a corregir los males del liberalismo, creando un nuevo mundo social, desconociendo valor a sus conquistas y proscribiendo sus ideas. Se quieren corregir errores, subsanar males, indemnizar perjuicios, yendo al extremo de la abolición de normas, ideas e instituciones que ya el hombre tiene aceptadas.

Del actual conflicto vendrán enmiendas provechosas: quedarán consagradas las reformas propugnadas desde los momentos en que los males liberales las impusieron.

Se dirigirá la libertad y el individuo y la acción del Estado en pro del bien común; se aceptará definitivamente el principio del intervencionismo de Estado; se tendrá en cuenta el hombre en su función económica; se hará una más justa distribución de la riqueza; cumplirá la propiedad funciones sociales; tendrán el Estado y el individuo obligatorios deberes sociales; se consagrarán, en fin, las transacciones necesarias del liberalismo con los principios socialistas, imperativos de la nueva época.

Pero ese nuevo orden no será el derrocamiento de lo hasta hoy ganado. Lo que vaya más allá del perfeccionamiento de las instituciones liberales, no perdurará.

La humanidad avanza, no retrocede. El Liberalismo ha creado. Vano es rechazar sus conquistas.

Hay que enmendar los errores, humanizar las instituciones, hacer cumplir a esas conquistas liberales un fin verdaderamente social, nadie lo discute. Pero error de comprensión histórica, es aspirar a crear algo nuevo sin partir de las conquistas liberales, ya incorporadas definitivamente en el patrimonio de la humanidad.

Julio de 1942.